

A. Ramírez

LA EUCARISTIA PAN COMPARTIDO PARA UN MUNDO QUE NO COMPARTE EL PAN

“Nuestra manera de pensar está de acuerdo con la Eucaristía y la Eucaristía confirma nuestro modo de pensar”. Estas palabras de un antiguo Padre de la Iglesia, San Ireneo, son una hermosa expresión de lo que no solamente tenía validez en el S. III, sino que la sigue teniendo, y con especial urgencia, en nuestro S. XX. Y no se trataba, en el tiempo de San Ireneo, como tampoco se trata en nuestro tiempo, de un problema de adecuación entre una teoría religiosa desencarnada y una práctica formalista litúrgica, que ubicaran al hombre en una esfera de existencia artificial. Se trataba entonces, y lo mismo sigue aconteciendo ahora, de la adecuación de una existencia real, la existencia histórica del hombre creyente, con su expresión. La celebración eucarística debía expresar de manera auténtica la realidad de la vida, vivida en la fe, y el proyecto de vivirla así en el futuro.

No sobra nunca señalar la importancia de la manifestación religiosa y de sus cualidades. Sería irreal y empobrecedor, desde un punto de vista humano, el pretender reducir la existencia humana a lo que ella es, independientemente de su dimensión manifestativa. Porque no se concibe la existencia humana sin manifestación. Sería por lo mismo irreal también y empobrecedor el reducir la existencia cristiana a lo que ella es, una existencia en la fe, independientemente de su dimensión manifestativa religiosa, como lo es la liturgia y en términos más generales la religiosidad. Y es útil además señalar un aspecto positivamente hermoso y gozoso que caracteriza tanto a la existencia misma cristiana como a su

manifestación: las exigencias de seriedad y de responsabilidad no pueden convertir la fe cristiana y sus manifestaciones en algo tan austero, que pueda dar en ellas una impresión de austeridad y de carácter sombrío innecesario. Se ha dicho con razón y no para desconocer la exigencia de seriedad y de responsabilidad cristianas, que la religión es en relación con la vida humana, como la poesía. O con otras palabras, que la religión es la poesía de la vida. En la misma forma se puede afirmar que la manifestación religiosa es la poesía del lenguaje y que, como todo lo poético, ella debe estar marcada no solamente por la capacidad de profundidad que tiene este lenguaje, sino también por su capacidad de significación gozosa.

La Eucaristía es el gran sacramento de la Iglesia. Es la forma propia de la manifestación eclesial. Es posible decir de todos los demás sacramentos de la Iglesia que ellos son circunstanciales, en el sentido de que ellos responden a situaciones específicas de la existencia cristiana que deben ser manifestadas: así, por ejemplo, la circunstancia original del ingreso en la comunidad se expresa por medio de los sacramentos concretos de la iniciación; la unción de los enfermos, por su parte, responde a una situación específica de la existencia cristiana, como lo es la de vivir en la fe una situación límite de la existencia humana. La Eucaristía en cambio no es un sacramento circunstancial, sino el sacramento constante, válido para vivir en todo momento la existencia creyente.

El propósito de estas líneas no es el de presentar una teología completa de la Eucaristía, sino el de señalar con énfasis algunos aspectos de la misma. Y más en concreto el de mostrar brevemente cómo este sacramento, expresión total y ordinaria de nuestra existencia cristiana, puede ser mirado desde un determinado punto de vista, desde el cual aparece la fe cristiana como un compartir fraternal.

1. La existencia cristiana es un compartir fraternal profundo en la vida y en la celebración

Prácticamente se ha superado ya la época en la cual la fe cristiana estaba privatizada. En esa época, el interés primordial era el de la salvación personal en el futuro y el de la perfección personal en el presente, con miras a asegurar la salvación eterna. También los sacramentos estaban afectados por esta privatización: la Eucaristía, por ejemplo, se había convertido en "mi misa" y en "mi comunión". La insistencia actual en el carácter eclesial de la existencia cristiana y por lo tanto también en el carácter comunitario de su manifestación sacramental, ha traído consecuencias muy positivas tanto para la comprensión mejor de nuestra identidad cristiana, como para la mejor conciencia del sentido de nuestras celebraciones.

Desde esta insistencia comunitaria, la existencia cristiana puede ser designada como un compartir de la vida. Y no simplemente como un compartir superficial de la vida, sino como un compartir profundo de la misma. Se trata de la vida humana real, histórica, social, con sus preocupaciones actuales y con sus posibilidades ideales. Y se trata de un compartir profundo, porque las preocupaciones actuales y los ideales por alcanzar no son asumidos desde un horizonte superficial, sino desde el horizonte más profundo y rico que pueda ser considerado, el horizonte de Dios.

La comprensión de la existencia cristiana como un “compartir la vida” es comprensión de dicha existencia en términos humanos, es cierto, pero que adquieren además significación simbólica, para que se haga posible la manifestación profunda de esta realidad. El discurso humano que expresa la fraternidad, en nuestro caso, es vertido en una expresión simbólica: la de la comida fraternal, la del compartir del pan. Asumido este discurso en su significación simbólica, podemos expresar por medio de él el sentido profundo de nuestra comunión. Ya el compartir humano del pan significa la fraternidad; el compartir del pan, que hacemos en la Cena del Señor, hace posible la realización más profunda de la fraternidad, que nos es dado alcanzar: la fraternidad de los hijos de un Padre, en Jesucristo.

2. Dos miradas a la Cena del Señor que celebramos: desde el pan humano que compartimos hacia la realidad profunda que nos une en comunión; y desde la realidad profunda que compartimos hacia el pan humano que debemos compartir

El pan eucarístico que compartimos es el pan humano que hace posible nuestra comunión profunda en el Cuerpo y la Sangre de Cristo; pero al mismo tiempo el compartir profundo del Cuerpo y de la Sangre de Cristo nos exige compartir fraternalmente el pan humano.

2.1. Desde el pan humano que compartimos hacia la realidad profunda que nos une en comunión

El motivo último de nuestra comunión fraternal es Jesucristo mismo, aquél cuya historia real ha adquirido significación definitiva en Dios, como lo afirmamos por la confesión de la Resurrección. Es por esta razón por lo que llevamos con satisfacción el nombre de cristianos. Y esta relación nuestra con Jesucristo, el Señor, la vivimos de una manera privilegiada en la cena eucarística.

Ahora bien, nuestra referencia necesaria al Señor puede entonces ser expresada por medio de categorías simbólicas, una de las cuales es la del alimento, la del pan, la de la cena. Por medio de ellas se manifiesta bien nuestra existencia cristiana como un compartir fraternal de un alimento, que es Jesucristo mismo. Ya el Nuevo Testamento utiliza tales categorías cuando, en una meditación fundamentalmente cristológica (Juan 6, 51c-58) define a Jesucristo como el Pan de Vida: "*Yo soy el Pan de Vida que ha bajado del cielo... El que come de este Pan, vivirá eternamente*". La vida eterna, de la que habla el Evangelio de Juan y que obtiene el que come de este Pan bajado del cielo, no es simplemente la vida futura, sino la vida profunda, la vida desde Dios, que se vive ya en el tiempo presente, si se come de este Pan bajado del cielo. Los israelitas conocían bien el tema simbólico del pan, aplicado a la Ley (Torah) de Moisés, especialmente al leer en forma espiritual el episodio del maná: así como aquél hizo posible la vida del pueblo, así el nuevo Pan (maná) bajado del cielo (Jesucristo) hace posible la vida eterna. Jesús se aplica a sí mismo el simbolismo, para señalar así lo que podríamos llamar "creer en El": "*Yo soy el Pan de Vida. El que come de este Pan (el que cree en Mí), vivirá eternamente*". La relación con Jesucristo se expresa aquí por medio de la expresión simbólica "comer": con ella expresamos simbólicamente o, lo que es lo mismo, profundamente, la relación más estrecha interpersonal que es imaginable y que, en otros términos puede ser expresada simplemente por medio de la idea de "creer".

Creer en Jesucristo es comer el Pan de la vida eterna.

El empleo del simbolismo del alimento (pan) para hablar de la relación con Jesucristo, aparece de una manera dramática y litúrgica en la celebración de la Cena del Señor, que está en el origen de nuestra celebración eucarística. En la víspera de su Pasión, Jesús se reúne con sus discípulos y en una cena fraternal comparte con ellos no simplemente una cena humana sin más, sino la Cena de su Muerte, indisociable de su Resurrección. Es así como nos lo recuerdan San Pablo (I Cor. 11, 23-25) y los Sinópticos (Mc. 14, 18-25 y par.): durante una cena Jesús mismo resalta dos elementos constitutivos de la misma, el pan y una copa. Ambos alimentos eran para los judíos, en sus celebraciones rituales, los soportes que hacían posible el memorial del éxodo, de la salvación primordial, con la que Dios había manifestado su presencia liberadora en relación con el pueblo.

Al instituir el Memorial de su Pasión, Jesús obedece la ley de los símbolos: asume un símbolo ya existente, que no supone una acción incomprensible sino una ceremonia simple, la de la mesa compartida, bien conocida por los judíos. El tratado Berakot (de las bendiciones)

nos ilustra sobre la manera de realizar los judíos las cenas ocasionales, en las que se reúnen 10 o 12 personas. Al comienzo de la cena, el presidente, el padre de familia, toma el pan y lo levanta. Entonces pronuncia una bendición: "Bendito sea Dios, el Señor nuestro Dios, Rey del universo (o de la eternidad), porque nos ha dado el pan sacado de la tierra, alimento". Y pronunciada la bendición lo parte, para ser compartido por todos. Cuando cada cual tiene un trozo en su mano, se responde "amén" a la bendición. El padre de familia da la señal y todos comen juntos. Es el rito de la fracción del pan.

Terminada la cena, el padre de familia presenta la copa, llamada copa de bendición: la presenta al más digno y si no lo hay, la toma él mismo. Se pronuncia entonces sobre esta copa una amplia bendición, oración más desarrollada. Las fórmulas del S. IX que conocemos, hacen pensar que el formulario judío se remonta hasta la antigüedad: se agradece a Dios por el alimento que El da, por la tierra que El alimenta. Y la bendición se amplía: se bendice a Dios por la Ley, por la Alianza, por Jerusalén. La significación religiosa es pues más importante que el comer y el beber. Por último, se termina la oración con una petición: "Ten piedad, Señor, de Jerusalén, ten piedad y mira con benevolencia a tu pueblo, a la casa que te has construído, a la morada en la cual habitas y restaura tu templo de Jerusalén... Bendito seas..."

Los dos gestos que enmarcan la cena, pero que no son la totalidad de la cena, el del pan y el de la copa de bendición, son ya símbolos que representan y expresan la comunión de un grupo religioso, que manifiesta su fe en Dios Creador y en Dios Donador de la Ley. Pero la gran referencia de las cenas judías es una referencia al éxodo, a la salvación primordial, que es compartida continuamente por la asamblea familiar. La Cena del Señor se entiende bien desde este contexto. La comunión del pan humano significa ya un compartir fraternal; su significación simbólica es religiosa: los hermanos tienen como motivo profundo de comunión la obra salvífica de Dios, que se encarna en los alimentos. Jesús, por su parte, refiere todo su significado a la salvación definitiva, que acontece con su Muerte misma. El Pan es su Cuerpo y el Vino es su Sangre. Ambos términos tienen un rico alcance en la mentalidad de los judíos: el cuerpo es definición antropológica, que expresa la realidad humana en cuanto se manifiesta; la sangre es también definición antropológica, que expresa la realidad humana en cuanto realidad viva. Pero Jesús añade a estas afirmaciones unas referencias profundas, que hacen pensar en una inspiración profética veterotestamentaria: el cuerpo, del que habla Jesús, es el cuerpo entregado, lo que hace alusión a su Muerte; la sangre, de la que habla Jesús, es la sangre derramada, lo que también hace alusión a su Muerte. Comer entonces el Cuerpo entre-

gado de Jesucristo y beber su Sangre derramada significó para sus discípulos compartir con su Señor la entrega salvadora, indisociable de la Resurrección. Es lo que permite a San Pablo afirmar, inmediatamente después de recordar la tradición de la institución de la Eucaristía, que “cuantas veces comemos este Pan y bebamos esta Copa, anunciamos (representamos, actualizamos) la Muerte del Señor, hasta que vuelva” (I Cor. 11, 26).

Y Jesús quiso que todos sus amigos realizaran en memoria de El esta acción: “*Haced esto en conmemoración mía*” (I Cor. 11, 24 y 25). Por lo tanto, cuantas veces compartimos el Pan y la Copa de la Cena del Señor, compartimos con El su Muerte Salvadora. Es esto de una importancia fundamental para nosotros los cristianos, porque si lo que hace de nosotros que seamos cristianos es nuestra referencia a Jesucristo, nuestra fe en El; nuestra realización fraternal consiste en compartir su suerte, la cual encuentra su expresión decisiva en su entrega gloriosa, en su Muerte y su Resurrección, que no sólo vivimos en nuestra vida de todos los días, en los acontecimientos de nuestra historia, sino que expresamos también eficazmente en nuestra cena fraternal eucarística.

Podemos insistir en un doble aspecto de nuestra experiencia sacramental: ella es, en el caso de la Cena del Señor, por una parte, una **experiencia memorial** de la Muerte gloriosa del Señor, que no se explica simplemente con nuestras categorías del recuerdo, sino por medio de las categorías propias de la mentalidad judía, que suponen un gran realismo en lo referente a la actualización del acontecimiento conmemorado; pero, por otra parte, se trata de una **experiencia eucarística** o de acción de gracias, por medio de la cual, al compartir la Muerte gloriosa del Señor, realizamos un culto fraternal, el mejor culto que nos es dado realizar como acción religiosa: la acción de gracias. De esta manera, nuestra celebración eclesial es la celebración de un **memorial eucarístico**.

Es entonces clara la razón por la cual utilizamos los simbolismos que conocemos, en nuestra celebración. Expresamos el motivo de nuestra comunión fraternal por medio de simbolismos que indican de manera bien profunda nuestra relación con el Señor: comemos el Cuerpo entregado de Jesucristo, bebemos su Sangre derramada. El alimento común que nos permite compartir la vida fraternalmente no es ya simplemente el pan y el vino de todos los días, sino el Pan que es el Cuerpo entregado de Jesucristo, el Vino que es su Sangre derramada. Compartimos, en otras palabras, la Muerte gloriosa del Señor, el motivo profundo y último de nuestra comunión fraternal. Así como al comer el pan, alimento de cada día, los comensales alimentan una misma vida y se constituyen en comunión fraternal, así también, al comer el Pan que es ali-

mento de “vida eterna”, el misterio salvador de Jesucristo, los hermanos realizamos una comunión fraternal profunda. Nos unimos con el Señor y en último término nos unimos fraternalmente en comunión.

2.2. Desde la realidad del pan profundo que compartimos hacia el pan humano que debemos compartir

Podemos volver ahora nuestra mirada, desde el Pan compartido de la Eucaristía, que es el cuerpo entregado de Jesucristo, por el que se significa eficazmente nuestra fraternidad en el Señor, hacia el pan de la vida cotidiana, cuya partición fraternal se convierte en una exigencia de la misma Eucaristía.

Ciertamente nuestra reflexión sobre el pan cotidiano de los hombres, que hoy podemos realizar, no es una reflexión explícita en todos sus aspectos en la tradición cristiana. No nos encontramos, en efecto, en la Sagrada Escritura una reflexión directa sobre la Eucaristía, desde este punto de vista. Pero no por eso deja de ser esta profundización del misterio de la fe, que es la Eucaristía, posible y necesaria. Y no se hace ninguna violencia a la comprensión de la Eucaristía, cuando se deducen de ella las consecuencias que se imponen para nuestra vida cotidiana.

Hay dos aspectos que podemos señalar: por una parte, el de la valoración del pan de la vida humana, que hace posible la Eucaristía; por otra parte, la obligación de compartir el pan humano, que nos impone nuestra existencia cristiana, celebrada eucarísticamente.

2.2.1. La Eucaristía nos hace valorar el pan de la vida humana

La reforma litúrgica de los últimos años volvió a resaltar uno de los momentos de la celebración eucarística, que estaba completamente opacado: el momento del Ofertorio. Las hermosas fórmulas utilizadas actualmente en la celebración nos hacen pensar en las ricas bendiciones (berakot) que tenían lugar en las cenas judías:

*“Bendito seas, Señor, Dios del universo,
por este pan fruto de la tierra y del trabajo del hombre,
por este vino, fruto de la vida y del trabajo del hombre,
que recibimos de tu generosidad y que ahora te presentamos.
El será para nosotros pan de vida... El será para nosotros bebida de
salvación”.*

Se debe en gran parte a San Ireneo la teología de las ofrendas euca-

rísticas. En su lucha contra los gnósticos, que espiritualizaban indebidamente el misterio de Jesucristo, San Ireneo se goza en afirmar el carácter real y verdadero de la humanidad del Señor, tomado de la tierra y del cuerpo de la Virgen María, y consecuentemente en afirmar el sentido admirable del pan y del vino humanos, que se utilizan como ofrendas eucarísticas: ambos son algo más que puro pan y puro vino. La creación y el trabajo del hombre se hacen realmente presentes en ellos como ofrenda para Dios. La creación misma, que ha fructificado en los granos de trigo y en las uvas de la vid; el trabajo humano, que ha hecho posible la existencia del pan y la existencia del vino. Es el hombre mismo, con su historia, con toda la aventura que constituye su existencia, el que se hace presente en las ofrendas, que habrán de ser pan de vida y bebida de salvación. El soporte de la presencia de Dios es nuestra historia misma y por eso ella es valorada desde el misterio maravilloso que se encarnará en ella. La historia se hará historia de la salvación.

2.2.2. La obligación de compartir el pan humano, que nos impone nuestra existencia cristiana, celebrada eucarísticamente

Otro aspecto que se impone a nosotros en una mirada sobre el pan humano, desde la celebración eucarística, es el de la exigencia de amor, que trae consigo la Eucaristía.

En un mundo que no comparte el pan, la Eucaristía aparece como un llamamiento apremiante. Se trata ciertamente del pan mismo: cuántos hombres gustan tranquilamente su mesa abundante, mientras sus hermanos por todas partes se mueren de hambre. Pero no solamente se trata del pan alimento, sino de todos los bienes y valores a los cuales deberían tener acceso todos los hombres y que son aprisionados en las manos de pocos. En este caso, la Eucaristía es por sí misma una denuncia de la situación que vivimos y un clamor profético para que sea compartido el pan de los hombres.

Ya San Pablo, en sus consideraciones en relación con la Cena del Señor (I Cor. 11, 29), se refiere expresamente a esto. "Es necesario estimar el cuerpo, es necesario valorar el cuerpo". El cuerpo del cual él habla es aquel del que él acaba de hablar: "mi cuerpo por vosotros". No un cuerpo místico o colectivo, que sería la Iglesia, sino el Cuerpo de Jesucristo Muerto por nosotros. Es necesario estimar (juzgar), dice San Pablo, este cuerpo. Lo que Pablo reprocha a los Corintios que se entregan a borracheras y a orgías religiosas, es que su actitud no corresponde a la realidad presente ante ellos. No que los Corintios negaran la presencia real de Jesucristo, sino que ellos no la respetaban. Pablo les reprocha en particular la falta de respeto por el pobre que no

tiene suficiente alimento, en la mesa vecina, y que aún sigue con hambre a la medianoche, cuando los ágapes se terminan, Esta falta de respeto por el pobre está en contradicción total con el Cuerpo de Jesucristo. Ellos no respetan el Cuerpo de Jesucristo Muerto por ellos.

Hay que respetar al hermano, aún al más insignificante, que tiene hambre. El egoísmo, en la celebración eucarística, es tan detestable como la seguridad de los cristianos iluminados que escandalizan a los hermanos más débiles. Es el reproche también de Pablo: "Tu ciencia va a hacer perecer al débil, a este hermano por quien ha muerto Cristo... pues es contra Cristo contra quien pecáis al despreciarlo" (I Cor. 8, 11-12).

No es posible al mismo tiempo participar en el Cuerpo de Cristo, Muerto por todos, y despreciar en el mismo instante a los hermanos pobres; el castigo es inminente: el que no estima el Cuerpo de Jesucristo, Muerto por los más pobres, bebe real y directamente su propia condenación. Todo esto significa que una vida de caridad, de respeto por todos, es requisito necesario para acercarse a Cristo. Es necesario, con otras palabras, "reunirse en el nombre de Cristo" para poder aproximarse a El. Ciertamente nos reunimos en torno a Cristo, Muerto y Resucitado, pero para podernos reunir dignamente, es necesario tener respeto por el hermano, por todos los hermanos.

Lo que San Pablo así esclarece nos impulsa a descubrir con toda la fuerza posible las exigencias de nuestra existencia cristiana comprendida como un compartir fraternal y celebrada como una comunión profunda. Mirada nuestra vida humana desde Jesucristo, desde nuestra existencia en El, desde la Eucaristía, ella tiene que ser un compartir del pan, en todos los sentidos y también ciertamente en el sentido restringido del alimento. Desde el misterio del Cuerpo de Jesucristo, que compartimos, nos vemos impulsados a trabajar incansablemente en la lucha de la justicia, que debe lograr la superación de estructuras de pecado, que son las que hacen que el mundo en que vivimos y cuyos protagonistas somos, sea un mundo en el que, a pesar de que existe el pan y en abundancia, no se lo comparte.